



Los dos monjes que no hablaban

Alejandro Miguel

Periodista y Escritor

Había dos monjes, uno no hablaba y el otro trataba de romper el silencio, pero no se animaba, así que tampoco hablaba. El que no hablaba era por dentro como un estanque de agua calma: nada lo perturbaba y no hablaba. Al que trataba de romper el silencio lo perturbaba la situación y, adentro de su ser, las olas de la conciencia se rompían contra las rocas de su actitud. Pero no hablaba. El que no hablaba estaba tranquilo, el otro que trataba de romper el silencio estaba nervioso. En medio de los dos había un espacio, en el espacio vacío había silencio, pues nada se escuchaba en medio de la noche mientras miraban las plantas. De golpe, la energía del que no hablaba, pero era un estanque de aguas claras, fue llegando al que hablaba, pero su energía eran aludes descendiendo de montañas. Lo empezaron a empujar fuera de sí, lo empezaron a invadir, pues después de mucho tiempo de no hablar hasta el que quiere hablar ya no lo desea. De a poco, las aguas mansas del que callaba con tranquilidad le fueron inundando los pies al que se desbarrancaba en sus deseos de sacar algún significado por la boca, de a poco, la mansedad de esa agua que tenía adentro el que no hablaba, donde se podía oler el perfume de las flores calladas que rodeaban ese estanque que era su mente, le fue llegando a las rodillas. Ya no era una palabra a punto de arrojarle de las montañas calladas para romper el silencio, sino que era algo extraño, entre una cosa y otra. De a poco, las aguas cristalinas que no ocultaban nada, decían del que no hablaba que ya le llegaba al cielo al que las palabras se le agarrotaban en la lengua y la garganta, y era un mar embravecido que quería barrer al otro como un tsunami de un montón de cosas que podrían ser calladas. Pasaron muchos días así, los dos callados, los dos sentados. Hasta que el segundo monje que trataba de romper el silencio ya no hablaba, era un estanque de aguas mansas, claras y calladas.